

Como que fué uno de los más activos tramadores del complot en que el archiduque Maximiliano estaba llamado a ser la víctima propiciatoria de las propias y de las ajenas ambiciones; pero Gutiérrez de Estrada, a semejanza de los más caracterizados miembros de su partido, mantúvose a enorme distancia del más leve peligro que a su persona pudiere amenazar.

Durante la visita que el Habsburgo, ya en viaje para México, hizo a la Ciudad Eterna, el ampuloso optimate del partido clerical mexicano, ofrecióle una espléndida recepción en el suntuoso palacio Mascotti, uno de los más bellos y espléndidos de Roma, entonces propiedad del emigrado. Pero, cuando el príncipe sin ventura, al sentirse perdido, pensará en abdicar como única salida para escapar a la muerte que apremiante le acecha, el pertinaz y cauteloso monarquista, que había adquirido sobre él una "influencia hipnótica", en su estilo rimbombante y barroco, le abrumará con los más contundentes argumentos, en que barajará dignidad, valor, honor, linaje, para que no retroceda, para que no flaquee frente a la lúgubre fatalidad. El, que, siempre timorato y precavido, se mantuvo a la sombra de seguro reparo, para no desafiarla.

Cábala de Aventureros Renegados y Bastardos

—Continúa—

Sospechas de que Veruel fué el padre de Luis Napoleón — El nacimiento de Eugenia envuelto en brumas — El Emperador la deseaba febrilmente para una aventura más — La Emperatriz travesea por los suburbios de París — El mal olor conyugal produjo un fumador empedernido — Morny, refinado gigolo y socio de toda especulación poco limpia — De cómo el usurero Jécker se confabuló con él — De dónde procede el apellido del espurio Morny

CAPITULO VII

CABALA DE AVENTUREROS,
RENEGADOS Y BASTARDOS

—Continúa—

"Los destinos cambian como las olas"

BERANGER

HORA es ya de dedicar nuestra atención a la pandilla extranjera, pandilla engendada en el vientre de la bastardía por el afán de lucro y de aventura, que pretendió convertir a nuestra patria en campo de explotación inagotable.

Y, como es lógico, empezaremos dedicándonos a aquel conspirador contumaz, a quien si la fortuna no llega a mostrarsele por último propicia, hasta convertirlo en emperador de los franceses y, con ello, en árbitro supremo casi de los destinos de Europa; no pasara de vagabundo licencioso y equívoco, de sólo frecuentador de mal afamados hoteluchos parisinos, refugio de delincuentes y de hampones, y de la prostitución más antihigiénica, desenfrenada y sórdida.

Pero como en el transcurso de una obra como la presente, destinada a retratar hombres y a reconstruir sucesos, que

vivieron o que ocurrieron durante la intervención francesa y bajo el imperio de Maximiliano, muy abundantes páginas habrán de ocupar las proezas de semejante personaje, breves serán las líneas que de momento le consagremos.

SOSPECHAS, VEHEMENTES HASTA LA EVIDENCIA, DE QUE LUIS NAPOLEON ERA HIJO BASTARDO DE VERUEL

Sobre la dudosa paternidad de Luis Napoleón, a quien "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa le eran desconocidos", atendámonos al juicio insospechable de uno de sus más fanáticos admiradores —Imbert de Saint-Amand—, que nos dice: "El nuevo rey y la reina Hortensia —los padres de aquél—, hicieron su entrada en El Haya el 23 de junio de 1806". "A pesar de su brillante posición, Hortensia distaba mucho de ser feliz. Su enlace con Luis Bonaparte no había sido por la una ni por el otro un matrimonio de inclinación. Entre ambos esposos había una incompatibilidad de caracteres que fué aumentando de día en día. Sin embargo, la muerte de su hijo mayor, el príncipe real, causada por el crup el 4 de mayo de 1807, les causó un dolor que determinó entre ellos una avenencia momentánea, y entonces se marcharon a Cauterets. Su reconciliación parecía completa y se la tuvo por definitiva cuando circuló la noticia de que la reina estaba otra vez encinta. Pero no sucedió así, pues esta circunstancia fué precisamente el origen de una nueva desavenencia entre los dos esposos. Hortensia quiso dar a luz en París, y obtuvo del emperador —Napoleón I— la autorización necesaria, contra la opinión de su marido, que regresó al Haya profundamente resentido".

Aunque en cierto modo velada, la insinuación del adulterio es evidente. Pero, aun suponiendo que por las venas de Luis Napoleón circulara sangre de Bonaparte, en los derechos al trono antecedíanle, primeramente el más joven de los hermanos del Gran Corso, aun con vida, Jerónimo, designado presunto heredero para el caso de que Napoleón I no dejara descendencia masculina —y el Rey de Roma había muerto ya—; o, si se conviniere en que debían recaer en los sobrinos, tocábanle al que le era más próximo, como hijo de su segundo hermano, o lo que es lo mismo a Carlos Luciano. Tan era así que, cuando en 1849 desembarcó éste en Francia, Luis Napoleón sigilosamente le mandó arrestar y transportar a In-

glaterra. Sólo cuando se desvaneció de su mente el temor de encontrar en él un rival que estorbara sus pretensiones, permitióle repatriarse.

Si a esto se agrega que por su origen espurio, en el volumen de su sangre no había la menor porción de la de los Bonaparte; esta circunstancia acaba de presentarnos al perjurio como el más redomado y audaz de los usurpadores.

Aparte de todas las pruebas aducidas, la conducta licenciosa de la casquivana Hortensia, que para desgracia de México había de dar vida a otro hombre funestísimo, el duque de Morny, de quien posteriormente nos ocuparemos, autoriza a suponer que Luis Napoleón no era hijo del rey Luis de Holanda.

De aquel "desgraciado Luis, rey sin corona, marido sin mujer, padre sin hijos", que llevaba la vida más triste en su destierro voluntario.

EUGENIA DE MONTIJO, NOBLE TRONADA, NACE ENTRE LAS CONVULSIONES DE UN TERREMOTO

El nacimiento de la que fué mujer de Luis Napoleón, de María Eugenia, Ignacia Agustina de Montijo, fué apresurado por una convulsión terráquea. La noble tronada que con el tiempo habría de venir a ser emperatriz de los franceses, perteneció, por la línea materna, a la más rancia nobleza española. El abuelo fué un escocés que se enriqueció en el comercio de vinos, aunque de origen noble también.

Sin embargo, en "La Vie Galante aux Tuileries", pónese de resalto que el nacimiento de Eugenia de Montijo está oscurecido por el misterio: "Sábese que nació en Granada en 1825, en el mes de las flores, que fué asimismo un mes de napoleónica importancia: el 5 de mayo, cinco años, día por día, después de la muerte del Aguila enjaulada sobre la roca de Santa Elena. Sábese que su madre, doña María Manuela, condesa de Teba, de familia andaluza brotada de Inglaterra, casó con uno de los tres hermanos Montijo; con el que se había distinguido al entrar en el servicio militar de Francia, durante la campaña de 1814. Por lo menos esto es lo que se sabe de acuerdo con Merimée y con las versiones oficiales. Pero menos sabido es que el **susodicho matrimonio, no está**

tan claro como a primera vista aparece: por lo que el nacimiento de Eugenia se halla realmente envuelto en una bruma jamás desvanecida por la luz".

La bella Montijo estuvo perdidamente enamorada del príncipe Jerónimo, primo hermano de Luis Napoleón Bonaparte: "El primero la coronó efectivamente con una suave llama, y el segundo le ciñó la frente con una hermosa diadema. En vano argúyese la animosidad que siempre pareció existir entre el Príncipe y la Emperatriz, que lo amaba en secreto, porque, por sus brillantes exterioridades de agradable conversador, mejor aún que el indolente hijo de Hortensia, el hijo del rey de Westfalia, representaba la estirpe del Gigante; ni por la fisonomía, muy semejante a la de su padre —Jerónimo Bonaparte I, rey de Westfalia, cuyo único hijo era el príncipe Jerónimo Napoleón—, había nadie más napoleónico en casa del hermano de la princesa Matilde ni en casa del hermano de Morny. Jerónimo era toda la epopeya grabada en letras de gloria y de fuego sobre el frontispicio de la historia. Alimentada por Stendhal y por Merimée en esta epopeya que la sacudía no menos que la del Cid, seducían a Eugenia los reflejos de oro de los ojos de Jerónimo. Pero Jerónimo no era más que un príncipe, y prefirió un emperador".

Aparte de que el hijo del rey de Westfalia, llegó a declarar que Eugenia no era digna de ser desposada.

NAPOLEON SOÑO EN LA DE MONTIJO PARA UNA AVENTURA FUGAZ, PERO SE LLEVO GRAN CHASCO

El Emperador quiso alcanzar los favores de la española, como los de tantas otras, sin necesidad de echarse al cuello el lazo conyugal; pero buena maña se dieron Eugenia y su fogueada madre, para, incitando la morbosa sensualidad de Luis Napoleón, echarle el lazo de por vida.

Hay duda sobre si quien tan sagaz se mostró para ser elevada a los esplendores del solio imperial, llegó a tomar el desquite contra las repetidas y ultrajantes infidelidades del libidinoso consorte.

"¿Se vengó? A este respecto las opiniones están en desacuerdo. Jamás tomó represalias, aseguran algunos. Y, sin embargo, excitó más de un deseo. Sesto, que más tarde casó

con la viuda de Morny, estuvo enamorado de ella. Osuna, que ya había sido amante de su madre, estuvo enamorado de ella. Y, además, About, y Viollet-le-Duc, y Metternich y Nigra. ¿Pero ella? Presúmese que tuvo un hijo con el viejo duque de Osuna. Presúmese que cometió tantas locuras como su imperial compañero, y que éste y aquella rompieron la cadena a su capricho...". ¡Sin embargo, Simond y Poinso, no echan en olvido que sobre una mujer de tan conspicuo rango, suelen la calumnia y los odios políticos disparar sus ponzoñosos dardos!

Lo que sí parece no dejar sitio a la duda, es que la seductora pelirroja sentía una irresistible propensión a las salpimentadas peripecias. No menos que a su imperial marido picábale la curiosidad por explorar los bajos fondos.

CURIOSA PERIPECIA CORRIDA POR EUGENIA EN UN MERENDERO DEL SUBURBIO PARISIENSE

Cierta ocasión, acompañada de Mme. Grenelle, y ambas cubiertas con adecuados disfraces, introdujéronse en un merendero donde la juventud de la Ile-de-France iba en pos de locas expansiones. Dos obreros las invitaron a bailar y a empujar el codo. "Excitados por sus encantos y algunas copas de vino, mostráronse atrevidos y uno de ellos, cogiendo a la soberana por el talle, manifestó deseo de besarla; el segundo no se detuvo en la intención; y plantó un ósculo apretado en la mejilla de Mme. Grenelle, que lanzó un leve chillido de miedo y de satisfacción".

Pero ésta, precavidamente había advertido de la caprichosa excursión a su cónyuge, quien a su vez hizo disfrazar a un ayuda de campo y a un caballero y, con ambos, disimuladamente vigilaba por la seguridad de la emperatriz. Así pues, al ver Grenelle que le besaban a su mujer con tan apasionado ardor, juzgó que la broma era ya excesiva, y dió la cara; mientras Eugenia colgábase del brazo de uno de los encubiertos custodios.

Sin embargo, los dos falsos albañiles, no conformes con que tan inoportunamente les birlaran a sus encantadoras parejas, arrojáronse a reñir; con que trabóse la pelea, y al volar, en lo más violento de ella, las postizas barbas por los aires,

dejaron al descubierto las facciones del príncipe de Nassau y del príncipe de Murat.

Tamaña complicación había sobrevenido inesperadamente. Los dos príncipes estaban al cabo de la calle por lo que a la escapatoria se refiere, y les acometió una tentación irresistible de jugar un papel en la comedia; pero como antes de representarla habían comido y bebido muy copiosamente, perdieron la cabeza y rebasaron los límites de la discreción y la prudencia. "Con que por la noche, en el castillo... ¡buena fué la gresca en el matrimonio imperial!; enfurruñóse y lloró la Emperatriz y, con énfasis, creyendo disculparse, no cesaba de repetir que la reina María Antonieta las había corrido semejantes".

Ni escasean por cierto análogas aventuras, pimentosas que tienen por protagonista a la bella soberana: "¡Cuántas otras cosas por el estilo vieron los parajes suburbanos! —exclaman los autores que venimos citando—. Del hijo de un testigo presencial tenemos esta última y picante anécdota: "Cierta día que Napoleón III y la Emperatriz visitaban el camino que éste hacía trazar de Villaneuve-L'Étang al castillo de Beaugard, donde habitaba miss Howard —la ex amante del monarca y cuya muerte no falta quien a éste mismo achaque— mi padre, que debía entregar al Emperador una solicitud elevada por soldados veteranos, fué testigo, oculto dentro de un macizo de verdura, de una batalla librada a latigazos entre Eugenia de Montijo, tropezada por casualidad, y la ex querida del monarca —a la que los campesinos, confundiéndola con la otra... de Ham, llamaban Eugenia la chanceltera".

PARTICULARIDAD CONYUGAL OFENSIVA AL OLFATO QUE HACE DE NAPOLEON UN EMPEDERNIDO FUMADOR

Por último, como dato curioso que viene a dar la explicación de la causa, tan poco sabida como sorprendente, que obligó a Napoleón III a convertirse en fumador empedernido, diremos que ello obedeció a la conspiración, violentamente ofensiva al olfato, de su traviesa consorte. Desprendimiento axilar, etc., que debe haber recrudescido la por aquella época no muy generalizada costumbre del benéfico, refrescante y desodorante baño cotidiano.

Idea del gran consumo de tabaco que el sobrino del Gran Corso hacía nos la da la gracejada con que el usurpador del trono de Francia, comentó el hecho de que Fould no se atreviera a pedir para la lista civil más que doce millones, suma que hizo el interesado subir a veinticinco; lo que, una vez logrado, provocó esta exclamación de sus labios:

—¡Qué hubiera sido de mí si llegan a sostener la primera lista civil...! ¡Apenas me bastara para cigarrillos!

De aquella insufrible disodia de la de Montijo, la marquesa Taisey —Chatenoy, al reseñar una entrevista que con ella tuvo, afirma lo siguiente: "Estaba yo sentada muy cerca de la Emperatriz, y desde hacía un momento llegaba a mis narices un insistente olor de mujer azafranada. Fácilmente comprendí la razón del inmoderado consumo que de cigarrillos hacía el Emperador".

¿No induce tan aguda deducción a preguntarse: Si la forma del apéndice nasal de Cleopatra cambió, según es fama, el curso de la historia universal, qué influjo habrá tenido el desprendimiento axilar, etc., de la Montijo, en el régimen de Napoleón III y en los atropellos que, bajo el dominio conyugal de la fanática española —¡oh la abominación de dormir bajo una misma sábana!, exclama Huyssmann—, fueron perpetrados para desventura y agonía de nuestra patria?

Desde luego, la intervención de Eugenia en la intriga contra México, no pudo haber sido ni más activa ni más decisiva. A ella se debió, según Praviel, nada menos que el nombramiento de Bazaine como uno de los más prominentes jefes militares de la expedición, y quien, por último, acabó asumiendo el mando supremo de los ejércitos de ocupación. Y lo hizo nombrar, porque de él se encontraba "terriblemente encaprichada".

EL SINIESTRO DUQUE DE MORNAY, REFINADO "GIGOLO" Y SOCIO DE TODA ESPECULACION SUCIA PERO FABULOSA

Pero posiblemente ninguno de los personajes que vienen ocupando nuestro interés, sobresalga con tan acusados perfiles, en su condición indiscutible y eminente de bastardo, como el duque de Mornay, el resbaladizo, refinado y redomado "gigoló", aventurero cínico y especulador audaz, tipo del per-

fecto y grande vividor, que jugó el papel más decisivo al comprometer a Francia en la aventura intervencionista, en la que él no veía más que una ganancia de millonadas que congestionaría sus cofres de caudales.

En sociedad, o por mejor decir en complicidad con J. B. Jécker, el banquero codicioso y rapaz que, resuelto a redondear la monstruosa especulación, empieza por renunciar a su nacionalidad suiza para acogerse a la francesa, empujará a la Francia micronapoleónica a una de las más atroces empresas de rapiña internacional. Empresa que al principio apareció tan asequible, pero que a la postre naufraga en un mar de sangre; mismo en que se abismarán el crédito y el prestigio del Imperio, que, sin siquiera sospecharlo, habrá preparado así el tétrico epílogo de la capitulación de Sedán.

Carlos Augusto Luis José, duque de Morny, era hijo de la reina Hortensia, la madre de Luis Napoleón, y del conde Augusto Carlos Flahaut de la Billarderie —quien obtuvo el título después de la batalla de Leipzig—. En honor de este su amante, la reina de Holanda había compuesto la marcha que lleva por título "Partida para Siria", llamada a ser oída de continuo en todas las grandes solemnidades del reinado del Pequeño; como si el hijo del rey Luis paladeara un insano deleite al recordar las adulterinas proezas de su señora madre.

El legado que ésta dejó al primeramente conde y después duque de Morny, fué la base para que el tal, poseído de una ambición jamás satisfecha y constantemente agitada, iniciara su desquiciadoras especulaciones.

DE COMO EL USURARIO JECKER CONQUISTO PROTECCION Y FAVOR DEL OPULENTO MORNÝ

La alianza del duque, omnipotente y libertino, con el usurero suizo, calculador y rapaz, tenía que producir los más desastrosos resultados. El segundo, para interesar al primero, ofrecióle un treinta por ciento sobre los criminales logros que, con la intervención, prometíanse obtener en aquel préstamo leonino. De 3.750.000 francos, facilitados a cambio de catorce millones en bonos del Tesoro Mexicano para amortizar a plazos fijos, la deuda fué inflada hasta setenta y cinco millones.

Debe recordarse que la fulgurante carrera del irresistible duque, en el segundo imperio, comienza cuando se adhiere

a su medio hermano, apenas a éste empieza a sonreírle la fortuna, que por tanto tiempo se le manifestara huraña; pero jamás alardeó, en Francia por lo menos, de tan estrecho parentesco imperial. Si acaso cuando estuvo de embajador en San Petersburgo, donde casó con una gran dama rusa —Sofía, princesa de Troubetzkoy— insinuará su origen. Que no es raro que los espurios se ufanan de su ilegítima procedencia, como sea procerca.

Será entonces, en el imperio de los zares, cuando el duque, en el centro del blasón de su deslumbradora carroza de gala, ostentará una HORTENSIA, sobre este mote: "**Tace, sed memento**" (Cállala, pero acuérdate).

Presto a usufructuar, en provecho de su erotomanía y de sus deleites, las situaciones según se le presenten, el De Morny, cínicamente desdeñoso de las convicciones cuando son rémora a la prosperidad, agregóse al carro triunfal de su medio hermano Luis Napoleón, quien, a raíz del golpe de Estado, encomendóle la cartera del Interior. Y, sin el mínimo sonrojo, dió la voltereta del orleanismo, para ocupar un puesto en que su sed febril de insaciable codicioso, podía ser, si no colmada, sí por lo menos templada. "Amigo de los príncipes, y muy a la moda en la sociedad orleanista; hombre de placeres y de negocios, interesábase igualmente en los salones, en la Bolsa y en la política.

COMO POR ILEGITIMO EUGENIA NO PODIA RECONOCERLE CONSIGUIOLE UN APELLIDO

"El conde Augusto de Morny había nacido en París el 23 de octubre de 1811, y siendo hijo adulterino, no pudo ser reconocido por su madre la reina Hortensia, ni por su padre el general Flahaut. Un hombre obscuro de Auvernia, llamado Demorny, le dió su nombre, y fué educado por una mujer inteligente y de talento, conocida por sus triunfos literarios, Adela Filleul, casada en primeras nupcias con el conde de Flahaut y en segundas con el barón de Souza".

Cábala de Aventureros, Bastardos y Renegados

—Continúa y concluye—

Morny pedía a la vida todo cuanto de agradable, brillante o deleitoso puede dar — Inconcebible desfachatez, en amores como en negocios — Bajo la protección de diestra amante llegó a ser el personaje más influyente del Imperio — Sólo a hurtadillas Hortensia contemplaba al fruto de una adúlterina pasión — Mme. Lehon, maestra en especulaciones — Tirón de orejas por un desvío — Morny declara que hará íntimas amigas de su querida y de su esposa — Acaba sucumbiendo aniquilado por los excesos y las pildorillas de cantéridas — Waleski, otro bastardo prominentísimo — Indicios de que Maximiliano era hijo de "L'Aiglon" y de la archiduquesa Sofía — Tácita bendición conyugal junto al lecho del agonizante.